

de Valencia, a quien su hermano Zen, rey de Denia, despojó del trono; y él acudió a Calatayud en busca del rey D. Jaime, conquistador de esta ciudad: recibió la religión cristiana y cedió este sitio, en donde estaba su palacio, para los frailes de San Francisco." (Ponz, *Viaje de España*.)

(11) Algunos creen al beato Tomás de Celano autor también de la *Vida de Santa Clara*, por otros atribuida a San Buenaventura.

(12) Número más sorprendente si se tiene en cuenta que en los conventos quedaban muchísimos frailes, por necesidad.

(13) El cronista español Cornejo se detiene en comprobar minuciosamente la exactitud de esta noticia que los historiadores modernos de San Francisco aceptan como cosa averiguada. Así también Rohrbacher en su *Historia de la Iglesia*.

(14) Asimismo se resolvió que los edificios que erigiese la Orden no pasasen nunca de muy humildes y sencillos.

(15) *Ego, frater Franciscus de Assisio, minister generalis, precipio tibi, fratri Agnello de Pisa, per obedientiam, ut vadas ad Angliam, et tibi facias officium ministeriatu.*

CAPÍTULO VI

PRIMER CORONA

La sexta Cruzada.—El aviso del penitente.—San Francisco y el Sultán.—Los protomártires.—Primer corona.—Fruto de la sangre. — Primer borrasca. — San Francisco en las lagunas de Venecia.—Predicación.—Retiro.—Anécdota.—Visión.

.....
Pues infinitas estrellas
Son mártires infinitos,
Como las llagas parece
Que el Imperio habéis partido.

.....
Lope de Vega: *Romance á las Llagas*.)

Corto tiempo era transcurrido desde que ceñía la tiara pontificia Honorio III, cuando recibió urgente misiva del Gran Maestre de los Templarios, que residía en Tierra Santa. "Nunca—decía el mensaje—se encontraron más que ahora flacos y sin fuerzas los infieles: caros los víveres, menguada la cosecha, faltando las subsistencias de ultramar, y no hallándose en esta tierra ni un acémila, ni un corcel de combate. Que los cruzados vengan, pues, y traigan provisión de vituallas y monturas. El gran sultán Sefedino tiembla, porque sabe que llegaron aquí el rey de

Hungría, los duques de Austria y Moravia; teme asimismo a la flota de los frisones, y queriendo ganar ventajas manda a su hijo Conradino que nos ataque. Pero sabed que nosotros tratamos en asaltar a Egipto por mar y tierra, y en poner cerco a Damietta, abriéndonos así camino hacia Jerusalén."—Dirigióse Honorio descalzo y compungido a San Juan de Letrán, siguiéndole el clero y el pueblo, con no menores señales de penitencia: oró allí largo trecho; volvióse a su palacio, y escribió una circular a todos los obispos ordenándoles que a cuantos en sus diócesis hubiesen tomado la cruz, encargasen estar dispuestos para salir prontamente a Tierra Santa. Reunidos en Tolemaida los cruzados, concertóse el plan de campaña; en vez de forzar la entrada de Palestina, tuvieron por más acertado el sistema que Inocencio III concibió con notable previsión política: invadir a Egipto, estrechar y tomar a Damietta. Las riberas del Nilo vieron entonces acampar dentro de tiendas enclavadas en su limo viscoso al rey de Jerusalén, el indomable Juan de Briena, asistido del patriarca, de muchos obispos, del duque de Austria, de los caballeros del Temple y San Juan, y de aguerridos tercios frisones y germánicos. En los principios de la empresa reinó, como suele suceder, mucha unión, concordia y entusiasmo; luego se enfriaron los ánimos con las dilaciones del largo y trabajoso asedio, y la paz y armonía antigua se volvieron rencillas y enemistades. Motejaban los jinetes a los peones y éstos a aquéllos; las gentes de diversos países se acuchillaban por la menor causa, y para que hasta lo más alto llegase el desorden, el cardenal Pelagio, legado del Papa, pretendía atribuirse el mando supremo, perteneciente a Juan de Briena. Enredados y distraídos con sus internas discordias, descuidaban los cruzados lo esencial, no apretando a Damietta, como pudieran si aprovecharan la situación crítica de los musulmanes

y la muerte de Malek-Adel. De suerte que en el ejército latino las disposiciones militares se adoptaban sin cordura ni seso, y acaeció que en cierta ocasión, hallándose las fuerzas de Juan de Briena mal dispuestas y peor situadas, le compelieron los sediciosos a dar la batalla. Y en la vigilia del día del combate, cuando los soldados acicalaban sus armas y todo el ejército se aprestaba a la pelea, llegaron al real muy fatigados y miserables dos penitentes, y uno de ellos, habiendo solicitado ver a los jefes de la Cruzada, les encargó de parte de Dios que desistiesen de entrar en acción, o contasen con desastrosa derrota. Se rieron los capitanes del augurio; en aquella época pululaban en los campamentos visionarios, iluminados y profetas, y sus vaticinios no alcanzaban gran crédito. Mas a las pocas horas, el anuncio del penitente se cumplía, bebiendo arroyos de sangre cristiana el suelo de Egipto. Seis mil combatientes perecieron en la jornada funesta, y fueron conducidas al sultán en azafates las cabezas de cincuenta jefes cruzados.

Francisco era el penitente que por tercera vez salía en busca del suspirado martirio. Para mejor lograr el objeto de sus ansias, al terminarse el capítulo de las Esteras fió el gobierno de la Orden a Elías, ministro provincial de Florencia, y reservándose la misión de Levante, tomados consigo doce compañeros, se dirigió a Ancona para embarcarse. Los días que se detuvo en el puerto esperando nave, se le unieron muchos neófitos, y porfiaban por seguirle a Siria. Entonces Francisco llamó a un tierno niño, que pasaba casualmente por allí, rogándole señalase con el dedo a aquellos que debía llevar en su compañía, y el niño fué apuntando a los doce ya elegidos por Francisco: entre éstos se contaban Pedro Catáneo, Bárbaro, Sabatino, Iluminado, Leonardo de Asís. Se hicieron a la vela para Chipre, de donde pasaron a Tolemaida; allí Francisco repartió su gente y la distribuyó por

las diversas provincias, con encargo de ir predicando la fe. El se quedó allí con sólo fray Iluminado, y siguiendo el viaje llegaron a la vista de Damietta, donde el ejército cruzado tenía sus cuarteles. Francisco consideró las tiendas, el real sombrío en cuya oscuridad rojeaban las fogatas o relucían las cotas de acero y los hierros de lanza, y dijo con angustia a su socio:—"Sé que los cristianos llevarán la peor parte en el encuentro. Si lo digo, me tendrán por loco, y si no, me remorderá la conciencia. ¿Qué haré, hermano Iluminado?"—"Ahora te paras, padre, contestó éste, en eso de que te tomen por loco? Teme a Dios más que a los hombres, y dí la verdad" (1).—Ya sabemos cómo fué menospreciado el aviso de Francisco, y el mal suceso de las armas occidentales. Hasta el invierno no lograron los cruzados rendir a Damietta, alfombrada de cadáveres de sus defensores, y tales fueron los estragos del hambre y de la peste, que el rey cristiano de Jerusalén y el sarraceno sultán de Egipto lloraron juntos tristes y copiosas lágrimas al estipular la tregua (2).

Dejó Francisco el campo cruzado, y se metió en el de los musulmanes, regocijados y soberbios con la victoria y cebados aún en la reciente matanza: mala sazón por cierto para convertir a aquella muchedumbre fatalista. Milagro fué que al divisar a los dos penitentes se contentasen los soldados de las avanzadas con golpearles, maniarles y llevarles arrastrando a presencia del sultán; porque, según pregón, valía un besante de oro cada cabeza bautizada. No lo ignoraba Francisco, y al comenzar la ruta iba cantando:—"Señor, pues estáis conmigo, aunque camine entre sombras de muerte, no temeré a mal alguno."—Y más adelante, habiendo visto dos ovejas que sosegadamente pacían, dijo a Iluminado haciendo extremos de gozo.—"Fía en el Señor, hermano, que en nosotros se cumple aquel dicho del Evangelio: he

aquí que os envió como ovejas entre lobos."—Quizá no degollaron a Francisco y su compañero al cogéles, gracias a la propia intrepidez con que ellos solicitaban ser llevados al sultán. Conducido ante Malek-Kamel, Francisco dió suelta a su encendida elocuencia, discurriendo acerca de la inefable Trinidad, dogma radicalmente opuesto al sensualismo mahometano. Oyóle Malek con sorpresa primero, con mansa tolerancia luego, con vivo interés por último. No eran nuevas para el sultán las doctrinas que enseñaba Francisco: que al fin la lucha es contacto, y en tantos años de guerra, cristianos y sarracenos habían llegado a conocerse mutuamente. Pero lo que a Malek admiraba en Francisco era lo que maravillaba también a Europa: el espíritu del Evangelio mostrándose encarnado en un hombre. Los voluntarios de Cristo con que Malek combatía eran en ocasiones rapaces, crueles y altivos, mientras aquel que venía a presentársele pacífico y desarmado tenía en su dulzura, en su eficacia, en su humildad, unos perfiles y reflejos del mismo crucificado Redentor. Se aficionó, pues, el sultán a Francisco en gran manera, y le rogó que continuase discurriendo, porque le placía mucho escucharle; pero no quería Francisco regalar oídos e imaginaciones con vanas retóricas, sino llegar al corazón y convertir.—"Me quedaré aquí, dijo al sultán; me quedaré y consagraré la vida entera a enseñar la verdad a tí y a los tuyos; pero es preciso que con fe y esperanza creas en Jesucristo."—Malek titubeó; convertirse era rendir la bandera nacional, era ponerla por alfombra donde la desgarrasen las espuelas de los cruzados: el conquistador y el monarca se despertaron en él, y movió la cabeza en señal negativa.—"Escúchame, insistió ahincadamente Francisco; convoca a tus imanes y a los doctores de tu ley; haz encender una hoguera; ellos y yo entraremos por el fuego juntos, y aquel a quien respeten las

llamas, ese será el que adore al verdadero Dios.”— Malek sonrió con ironía, porque acababa de ver a uno de sus imanes más viejos y reverendos escurrirse disimuladamente del concurso.—“Temo, respondió, que ninguno de mis alfaquíes ha de admitir la prueba.”—“Pues enciende la hoguera, que yo solo me meteré por ella,—porfó Francisco.—Si las llamas me consumen, impútalo a mis pecados; mas si salgo ileso, tu alma es de Jesús.”—No se resolvió el sultán a consentir, temiendo algún prodigio que sembrase el pánico en sus vencedoras filas; pero probó a Francisco lo mejor que supo y pudo su respeto y amor; le cubrió de dádivas que no fueron aceptadas, le dió amplia licencia de recorrer sus dominios, y al apartarse de él manifestó pena. Los historiadores de la época dan a entender, y aun algunos lo afirman, que Malek conservó toda su vida memoria de la entrevista y deseo de ser cristiano, y aún que lo fué en su última hora. Jacobo de Vitry, testigo ocular del cerco de Damietta, nos presenta al sultán despidiéndose de Francisco con la súplica de rogar a Dios por él para que le guiase (3). Ello es que Malek se mostró siempre caballeresco y magnánimo con los cristianos, dando libertad a los prisioneros, medicina a los enfermos, redención a los esclavos y pan y viandas a los hambrientos, cuyas angustias y dolores lloró con el rey de Jerusalén (4).

Malek facilitó a Francisco salvoconducto con el cual pudiese internarse tierra adentro, predicando la fe de Cristo; si bien añadió el peregrino encargo de no maldecir de Mahoma. Francisco e Iluminado prosiguieron la ruta, pero su misión rendía escasos frutos; el odio al nombre cristiano era inveterado y profundo después de tantos y tan recios combates, y la palabra de Francisco, que en Occidente abrasaba, al decir de San Buenaventura, como encendida antorcha las almas, en el Oriente no pasaba de los oídos.

Durante las jornadas de tan estéril viaje requirió de amores a Francisco bella y liviana moza egipcia; y al verla delante, con incitativo adorno, con halagüeña y blanda risa en los labios, en los ojos la lumbré del sol oriental, turbada la voz y pronunciando con modulaciones de sirena tiernos requiebros. Francisco asió a puñados los ardientes tizones del hogar, y esparciéndolos por el suelo y arrancándose el hábito, se acostó sobre las brasas, convidando a la moza a hacer de aquella cama de fuego tálamo de las nupcias propuestas. Y añaden los cronistas que la desenvuelta mujer, llorosa y corrida, viendo sujetas a tal suplicio las carnes inocentes del Santo, se dejó catequizar y bautizar. Francisco volvió al cuartel cristiano, donde esta vez le recibieron con veneración, reconociéndolo por aquel pobre de Asís tan nombrado en Europa, y sus exhortaciones pusieron algún coto a la licencia y desenfreno militar. El historiador Jacobo de Vitry explica en estos términos la impresión que causaba Francisco:—“Hemos visto—dice—al Fundador y Superior general de los Menores, hombre sencillo y sin literatura, amado de Dios y de la gente, al cual llaman el hermano Francisco; y anda de tal suerte embriagado con el fervor del espíritu, que habiendo venido al campo de los cristianos ante Damietta, pasó al del Sultán para convertirle a la fe” (5). Del campamento siguió Francisco a Palestina, visitando el Santo Sepulcro; y en frágil soledad próxima a Antioquía, dió con un antiquísimo monasterio de Benedictinos, que trocaron en masa su negra cogulla por el franciscano sayal. Por entonces recibió Francisco noticias de disensiones y dificultades en el gobierno de su Orden; un fraile, enviado sigilosamente a Palestina, trajo encargo de advertirle que en Italia era su presencia indispensable. Con esto tomó la vuelta de Candía, y de allí sentó la planta otra vez en país latino, des-

embarcando en Venecia. Así se le frustró por tercera vez el anhelo de derramar su sangre en el Oriente.—“¡Hombre beato en verdad!—dice a este propósito San Buenaventura—que, si no traspasó tu carne el cuchillo del verdugo, no perdiste la semejanza del divino Cordero inmolado. ¡Beato y dichoso en verdad, que no caíste al filo de la espada perseguidora, y sin embargo alcanzaste la palma del martirio!”

Mas lo que en su persona no pudo Francisco obtener, lo consiguió en la de sus frailes. Al tomar para sí las regiones del Oriente, había elegido y destinado a las de los sarracenos occidentales seis misioneros: Berardo, Pedro, Ayuto, Acursio, Otón y Vital que los mandaba. A ejemplo de Josué, Francisco buscó para el empeño más arriesgados varones, fuertes y sobrios, dispuestos a toda pelea y fatiga; al despedirse de ellos, comprendiendo que caminaban a un peligro inminente, con gran ternura y llorando les dió el beso de paz y la bendición. Esta, y el breviario y regla, era todo el viático que llevaban. Entraron en España, pasaron a Aragón, donde el superior fray Vital, mortalmente enfermo, vió que no podía ir más adelante, y resignando la autoridad en Berardo, ordenó a sus compañeros prosiguiesen el camino. Llegados a Coimbra, la reina Urraca, esposa del vencedor de los moros cordobeses, Alfonso II, quiso a toda costa hablar con los santos misioneros, y en la entrevista les rogó que la informasen de la hora en que tenía que cogerla la muerte.—“Señora—respondió fray Berardo—, cuando nuestros cuerpos despedazados por los infieles sean traídos a Portugal, téngalo vuestra alteza por señal cierta de morir luego” (6).—Urraca mandó los frailes muy recomendados a la infanta doña Sancha, que residía en Alenquer, y allí se hospedaron en el convento, fundación de San Francisco y donación de esta bienaventurada princesa (7), la cual surtió a los misioneros de ropa

seglar, para que sin obstáculos siguiesen el viaje. Merced al disfraz, penetraron en el territorio mauritano, y se introdujeron en la populosa y magnífica Sevilla, envanecida con su acueducto de seis leguas, su mágico alcázar, su erguido observatorio astronómico (8) y su incomparable mezquita, donde tan presto había de plantar la cruz el terciario franciscano San Fernando. Ante una de las puertas se colocaron los frailes, no sin haberse vestido otra vez sus hábitos, y Berardo, que poseía la lengua árabe, predicó: era el día festivo, inmensa la concurrencia; se alzó gritería y escándalo, y fueron arrojados con desprecio, como sandios y dementes; acudieron a otra mezquita, y siguieron la plática, con el mismo resultado; entraron intrépidos por el palacio del Emir, y éste, con más tedio que cólera, les puso presos en la Torre del Oro. Desde los altos ajimeces exhortaban a los transeuntes; entonces les llevaron a un subterráneo, sin darles alimento, cargándoles de grillos, hasta que al fin, no sabiendo qué hacerse con ellos, y huyendo quizás de ofrecer a la culta metrópoli sevillana un cruento espectáculo, les embarcaron para donde más deseaban: para Marruecos. Era allí a la sazón valido del Miramamolín y general organizador de sus ejércitos un infante de Portugal, don Pedro, a quien desavenencias y disgustos con su hermano Alfonso habían conducido al afrentoso extremo de ofrecer espada e inteligencia a los enemigos de su Dios. Los misioneros declararon a don Pedro cómo venían a predicar la fe, y el Infante, aterrado, comenzó a disuadirles de su propósito; usaban los marroquíes tácita tolerancia con los cristianos; sin desconfianza veían a un caudillo católico al frente de las tropas sarracenas; crecía y prosperaba el comercio entre el Mediodía de España y el Magreb, y he aquí que iban a perderse tantos bienes por la resolución de cinco hombres empeñados en buscar

el martirio. Pero los frailes no se pagaron de las razones del Infante, y subiéndose a lo alto de una curreta exhortaban a la muchedumbre. Internados, de orden de Miramamolín, en el desierto, volvieron a la ciudad tan pronto se vieron libres: les encarcelaron con ánimo de dejarles morir de hambre; se encadenó entonces desatada tormenta, que hizo creer al supersticioso pueblo que la cólera celeste vengaba a los infelices cautivos, y por segunda vez les soltaron; nueva predicación, que dió por resultado que el infante don Pedro les recogiese en su palacio, de donde huyeron a la primer coyuntura favorable, para repetir la confesión pública. El Emperador, que volvía de cumplir una ceremonia y rito de su culto, se halló entre el gentío que rodeaba a los misioneros; impaciente ya, les sepultó en una mazmorra: de allí fueron sacados, convidados a retractarse, entregados al Arráez, juzgados sumariamente a la manera árabe, azotados hasta descubrirse sus huesos, regados las llagas con vinagre y sal, arrastrados los cuerpos palpitantes de dolor sobre abrojos; vivos aún los mártires, el Miramamolín quiso verlos y arrancarles la abjuración; no lográndolo, de un solo golpe de cimitarra les fué hendiendo en dos mitades la cabeza por la frente (9).—Aquella noche, a la infanta doña Sancha, en su melancólico camarín de Alenquer, se le aparecieron cinco frailes que le mostraban sangrosos una sangrienta cuchilla. Y al recibir Francisco la nueva del tránsito de los misioneros, exclamó regocijado:—“¡Ahora sí que puedo decir con verdad que tengo cinco frailes Menores!”—Volviéndose después a la Península, donde se hallaba el convento de Alenquer, le dirigió estas frases:—“¡Santa casa, tierra sagrada que has producido y presentado al Rey del cielo cinco bellas purpúreas flores, de suave perfume! Santa casa, ¡seas siempre morada de santos!”

Traspasado el infante don Pedro de lástima y terror, recogió piadosamente las despedazadas reliquias, que después de servir de ludibrio a la plebe, habían sido dejadas para pasto de las fieras y aves de rapiña: lo supieron los moros, asaltaron el palacio del infante para quitarle los despojos santos, y en la refriega que se trabó por defenderlos fueron muertos Martín Alonso Tello, hidalgo portugués, y Fernando de Castro. Al fin se llevaron los sarracenos las reliquias y las arrojaron al fuego, que no prendió en ellas, ni destruyó un solo cabello de las cabezas separadas del tronco; a fuerza de oro, pudo el infante otra vez rescatarlas; buscó a tres niños inocentes que lavasen, ungiesen, embalsamasen y envolviesen en limpios cendales randados los puros cuerpos, y los depositó en urnas de plata maciza. A este tiempo recibió con júbilo un mensaje secreto de su hermano el rey Alfonso, brindándole paces y llamándole a su lado; dispuso cautelosamente la fuga, y tras peligroso y dramático viaje al través de las montañas del Atlas, en que fué su guía el instinto del mulo a cuyos lomos iban las preciosas reliquias, pudo embarcarse para su patria, muy a tiempo, que ya la suspicacia del Miramamolín, exaltada por el incidente de la protección a los mártires, disponía a su garganta un lazo corredizo. Entró el prófugo en Coimbra, al repique de las campanas, cercado de multitud inmensa, que festejaba la llegada de los cuerpos santos: los reyes salieron a recibirlos con solemne aparato, y la reina Urraca se preparó para la muerte, que le sobrevino de allí a pocos días. El infante don Pedro escribió menudamente la crónica de los protomártires franciscanos, tan enlazada con su propia historia (10).

Ciertamente que Marruecos, lo mismo que Palestina, era tierra dura y refractaria, cuando ni en aquella la sangre de los mártires, ni en ésta la presencia